

GUILLERMO VEGA

Muchos son los Llamados



A Diógenes de la Rosa

Die-69,
Pauv

GUILLERMO VEGA

Muchos son los Llamados



Primera Edición
Octubre de 1969
Panamá, R. P.

1927-

Novela primera

Los personajes de esta novela son fruto de la imaginación; cualquier coincidencia o parecido con situaciones reales es idea del lector.

El Autor

Impreso en Panamá por Editora Lermania, SA.

SP1A
863
V522mu
1969
e.5

TITN 21604

INDICE

Capítulo:	Página:
A	1
B	9
C	22
D	25
E	34
F	35
G	61
H	70
I	72
J	98
K	103
L	117
M	124
N	144
O	155
P	175
Q	185
Referencias:	191

El salón es reducido pero el público, numeroso, no siente el calor. Un ambiente de regocijo se nota en la pequeña sala; aquí los mas allegados conversan y esperan ser recibidos por el nuevo mandatario. Desde Ministros hasta antiguos favoritos chocan aquí. En el balcón, los fumadores se asoman de vez en cuando a la sala para medir el grado de influencia de cada uno según el orden en que el mandatario los hace pasar. Mas allá, en los pasillos que dan a la escalinata, otros, que han subido por milagro, discuten los futuros sueldos a que aspiran.

Por fin el Líder ocupa la Presidencia de la República. Por fin vendrán las anheladas reformas. Por fin se acabará con el gobierno de las cuatro familias que han explotado hasta la saciedad al pequeño país. Por fin, por fin, por fin. . . . Y todo este futuro promisorio y reivindicador sin que la victoria se vea oscurecida por ninguna nube política.

Diez años de lucha preceden a este día. Diez años largos en los cuales han caído muchos humildes y se han quebrado muchas esperanzas. Pero el Líder no ha transado; allí radica la fe de Nicolás García, panameño, veintiseis años, vecino de la capital, recién recibido de abogado en la Universidad del Estado. "Licenciado Nicolás García". Cuánta miseria y cuánto sacrificio para formarse, seguir al Líder, para no transar, para estudiar, para ayudar a la familia mientras esperaba este momento.

García también logró subir hasta el primer piso de la Presidencia, pero, como había tanto público, decidió retirarse y regresar mas tarde, cuando la marea de gente sea menor; cuando pueda tener una audiencia con el Líder y ponerse a sus órdenes. Ahora que está en el Poder va a necesitar mucho elemento nuevo, limpio, honesto, preparado, sin otro interés que el de servir a la "Causa".

La ciudad está tranquila. Luego de los últimos incidentes, con los que el candidato vencido trató de crear disturbios y zozobras para perturbar el orden, algunos detenidos han comenzado a salir de las cárceles y se espera un decreto de indulto que pondrá a los últimos presos nuevamente en la calle.

El calor es agotador. García se desprende de saco y corbata; aun no se acostumbra a cargar permanentemente su nueva indumentaria de profesional. Sonríe pensando que ahora tendrá que sufrirla quiéralo o no.

La Avenida Central no comienza aquí, en la Plaza de la Catedral donde se detiene García. Un poco más allá, hincando sus murallas en el mar, la ciudad nace, o comienza a morir; en las viejas Bóvedas, en la Plaza de Francia, en la playita de Santo Domingo, rival de la de Bolívar que se pega al viejo y aristocrático Club Unión. Calle Primera, el antiguo Colegio La Salle, el "Boquete" de los años de infancia.... Todo sigue allí, pero todo ha dejado de ser. La ciudad se ha ido, abandonando estos viejos caserones, estos antiguos paseos, su historia.

Mientras piensa todo esto, el Licenciado Nicolás García se ha sentado en una de las bancas frente al Palacio Municipal. Un enjambre de niños, muchachos y viejos lo asaltan para venderle periódicos o lustrarle los zapatos. Generaciones perdidas con una sola meta; arrancar el real a cada peatón que se acerque a su coto de caza. Pronto será mediodía y comenzará el desfile de empleados públicos, de costureritas que todavía laboran por esta zona. Se llenarán los puestos de comida vendiendo sus sopas, sus "guachos"(1), su arroz y sus tajadas, fécula pura para una población que se desnutre mientras repleta sus tripas.

"Estrella, Mayor(2) ? Limpia, Mayor ? Crítica, Mayor ? Bien limpio, Mayor ?, Hey, arranca que yo le vi primero, verdad Mayor ?" La gritería de los pasantes vuelve a García a la realidad y recuerda cuando, para

halagar al cliente, se le decía "Licenciado", "Doctor"... Ahora se le llama "Mayor" porque el pueblo tiene la intuición de saber dónde radica el verdadero Poder. Ahora ser "Mayor" significa más que ser "licenciado" o ser "doctor". Filosofía popular que ahora cambiará el Líder. ¡Porque el Líder sí manda! García sonríe socarronamente y piensa: "Ya van a ver. . . Ya van a ver. . . Por lo pronto pondremos a todos estos niños en campos de juegos y a estos vagos los vamos a obligar a trabajar para que produzcan. . . ."

—Qué pasó, Licenciado, ¿vas para tu casa?" —Antonio Castillo ha visto al Licenciado García, y, como vive cerca de él, detiene su carro y lo invita a montar.— A esta hora-le dice— es un problema salir de por aquí. Cada día hay más carros; no sé cuándo carajo van a dejar de traer carros del exterior si ya no caben los que hay. . . Y estos gobiernos que no hacen nada para resolver el problema. . . La misma vaina (3) de siempre. . . Ahora que me boten del Gobierno voy a conseguirme un trabajo por las afueras, así no tengo que sufrir esta vaina todos los días. . . Y tú, ¿qué haces por aquí? Ya subió tu Líder, así es que ahora es tu chance de entrar en la papa. . . ."—Castillo mira a García pensando que su vecino tendrá ahora oportunidad de una buena colocación. A lo mejor viene de la Presidencia. A lo mejor ya le ha pedido algo pues sabe que siempre ha sido fiel seguidor del Líder. Bueno, así es la vida: unos bajan y otros suben. Esta es la verdadera democracia: bájate tú para subirme yo.

Antonio Castillo trabaja en el Ministerio de Comercio como oficial en el Departamento de Patentes Comerciales. Su labor se limita a llevar el archivo de las patentes que se expiden para ejercer el comercio. A veces su jefe lo utiliza para inspecciones. (La legislación exige a cada persona o empresa solicitar estas patentes para poder operar. El capital que declaran sirve para fijar un impuesto nacional). Castillo lleva cinco años allí; los veinticinco anteriores de su vida parece haberlos usado en prepararse para un puesto como éste.

Fracasado en la Secundaria, Castillo decidió abandonar los estudios. Su padre, oriundo de la provincia de Veraguas, consiguió hace tiempo un puesto en la burocracia de la capital y se mudó con mujer e hijos, huyéndole a las esquinas de su pueblo y al aburrimiento de sus viejos conocidos. El "Viejo", como lo llama Castillo, ha saltado de puesto en puesto; de las esquinas de su pueblo ha ascendido a las cantinas de la ciudad; pero está feliz porque ya ha perdido todas las esperanzas. Castillo consiguió trabajo en un almacén, luego se colocó de agente comisionista; al poco tiempo ayudó a un candidato a diputado amigo de su padre. Como premio recibió el puesto que ahora ocupa: ciento sesenta y cinco balboas mensuales con los cuales ayuda un poco en la casa y paga su carro. Esa es la vida que ahora ve amenazada por el cambio de gobierno. Pero qué diablos, si no consigue mantenerse allí, algo saldrá. En este país sólo se mueren de hambre los pendejos.

En diez minutos han avanzado unas cinco cuadras. La Avenida B es una inmensa lombriz de carros, buses, camiones, expeliendo gases, sudor, humores y, dominándolo todo, la temperatura asfixiante y agobiadora. Paralela en toda su extensión a la Avenida Central, la "B" cruza Salsipuedes(4), y en este cruce, docenas de buses, como monstruos decrepitos y jadeantes, batallan por los pasajeros. Sin orden ni concierto, una jauría de cachorros de hierro, vomitando monóxido de carbono, se lanza contra cada peatón con aspecto de posible pasajero; es la batalla del real(5), donde no hay oficiales sino soldados con licencia de conductores, dispuestos cada uno a llevarse la mayor parte del botín. García no ha dicho una sola palabra, pero piensa que todo esto se resolverá pronto. Para arreglar estas cosas han esperado diez años. Para que suba el Líder y arregle estos problemas. Por fin, por fin.

Castillo sigue maldiciendo el calor y la aglomeración de automóviles. Llegará a la casa y no podrá hablar con Leticia. Qué vaina esta hermanita que no quiere ayudar. Si ella quisiera. Quizá si le insiste bastante vaya a la fiesta del viernes. Allí estará Quevedo que suena como Vice-ministro. Si Leticia quisiera.

Quevedo sí es berraco(6), piensa Castillo. Cuando todo estaba perdido se cambió de tolda política. Mírenlo ahora, hasta suena como Viceministro del nuevo Gobierno. Ese sí es un berraco.

Al fin han llegado al Boulevard Balboa. Por lo menos aquí afloja un poco el calor. La ciudad se ha ido pegando al mar y la Avenida Balboa la flanquea como un ribete de concreto, como un costillar de sparejo y multicolor. El Boulevard, como es popularmente conocido, no tiene todavía el aire de las grandes costaneras. Apenas si comienza a vestirse por un costado con uno que otro café. Todavía la gente no ha regresado a los viejos paseos de antaño. Pero ya tiene su cantina, elemento imprescindible de toda calle panameña que se precie. El Boulevard es un ejemplo clásico del trágico extranjerismo de algunos sectores capitalinos; sin un sólo árbol que le dé sombra, los urbanistas lo han dividido en dos con isletas de grama provistas de matas ornamentales. Ni una sombra. Ni un refugio. Ni una fuente. Un vacío de cemento. Un paseo para las máquinas, no para la gente. Un horno que cocina a la ciudad vaporizando la brisa del mar. La bahía está allí, estrellando sus aguas contra el Boulevard, retorciendo en sus entrañas el pudridero de todas las cloacas; mostrando su caparazón verde primero para luego retirarse y dejar al descubierto el desecho de la ciudad.

Hoy la marea está baja. Suerte que aquí el tránsito es un poco más acelerado. El hedor es insoportable al comienzo del Boulevard. Aquí la Avenida Balboa sale de las vísceras del Barrio de Calidonia. Del famoso sector del Marañón. Las calles son verdaderos volcanes humanos, con su lava, sus piedras, sus cenizas, su fuego y su eterna aridez. Negros, zambos, mestizos y una gran cantidad de blancos interioranos se amontonan unos sobre otros en el Marañón. El Marañón. Cuántos recuerdos para el Licenciado García. Un día de éstos volverá, porque hay que acabar en tanta miseria, con tanta suciedad, con tanta desesperanza.

El carro avanza y, a medida que se aleja del costado marañonero, el aire parece cambiar; es la mis-

ma Bahfa y la misma resaca pestilente, pero ahora estamos en Bella Vista y pronto atravesaremos Paitilla, donde ya se levantan las propiedades de los poderosos. Garcfa no tiene ganas de hablar con Castillo. No sabe exactamente qué siente hacia él; quisiera creer que es desprecio, pero sabe que no es así. Durante bastante tiempo lo ha visto en sus andanzas. Desde que se mudó al apartamento en que vive ahora, Garcfa conoció a Castillo. Al principio sintió simpatía por él, pero luego comprendió que Castillo era algo contra lo cual había luchado inconscientemente durante largos años. Sin entender bien esta repulsión tranquila y sorda, Garcfa había soportado a su vecino como soportaba los tinacos de basura tendidos a lo largo del zaguán maloliente. A pesar de que tenían casi la misma edad, se consideraba alejado por generaciones de Castillo; los Castillos eran minúsculos comejenes royendo la madera de la Patria. Con su "Viejo" charlatán, con su hermana estirada y ajena completamente a los "problemas sociales", Castillo era para Garcfa una rémora pública, un "barro" que debía ser reventado y limpiado. Pero en verdad no siente desprecio. Quizá un poco de pena por esta relación que, teme él, pueda convertirse en amistad. ¿Amigo de Castillo? ¡Qué barbaridad! Y ahora menos, ahora que todo va a cambiar. ¡Cómo habla este tipo! Castillo no ha dejado de hablar desde que entraron en el Boulevard; ya van subiendo la Avenida Federico Boyd, entran a Vía España y sigue hablando de sus posibilidades en el nuevo gobierno. Este Castillo piensa que todo va seguir igual; que el Líder va a permitir que sigan los mismos comejenes destruyendo al régimen. . . Por fin van a barrer con toda esta gente.

Castillo habla por hablar. No le importa un comino con su pasajero. El Licenciado se cree una gran vaina. Ya lo verá pronto como él, que aprendió temprano que en esta vida hay que avivarse, que el pez grande se come al chico, que hay que acomodarse con el que está arriba, que hay que gozar pronto antes de convertirse en algo como el "Viejo" que ya no sirve mas que para pedir plata y cerveza. El Licenciado Garcfa le recuerda al Licenciado Bernardo. Bernardo se había entusiasmado con Quevedo años atrás y dedicó sus primeros tiempos a hacerle política a Quevedo. Había hablado en patios del

Chorrillo, de Calidonia, en varias reuniones de Bethania. Siempre el mismo tema: "La decisión es de ustedes, si quieren un cambio tienen que votar por hombres como Quevedo, sangre del pueblo, servidores del pueblo, soldados del pueblo; esto está corrompido y hay que echar a los mercaderes del templo; Quevedo será un verdadero representante nuestro". En una ocasión le preguntó a Bernardo si creía toda la mierda que decía y Bernardo se había disgustado con él. De eso hace ya cuatro años; la semana pasada Bernardo le había pedido que lo ayudara apurando el expediente de uno de sus clientes y le había ofrecido cincuenta balboas.

"No te puedo dar mas porque tú sabes que tengo que repartir con otro". Era el mismo Licenciado que quería cambiar las cosas con Quevedo.

Era para morirse de risa con estos Licenciados. No tenían con qué pagar el alquiler y querían componer el mundo. A Bernardo no le va muy mal. Lástima que es mas miserable que el carajo. Cincuenta balboas para meterle el expediente al Jefe. Claro, como estaba peleado con Quevedo, tenía que recurrir a él, pero cincuenta balboas. . . A lo mejor estaba ganándose quinientos ese caradura de Bernardo. Pero cincuenta balboas. Había decidido aceptarlos porque en cualquier momento lo botaban y entonces, chao cincuenta balboas. Menos mal que ya vamos llegando. Ojalá Leticia no se haya ido todavía.

Rfo Abajo(7) era hace treinta años una pequeña población antillana. Un refugio silvestre de la negrada que ya no cabía en Calidonia. Aun hoy, a lo largo de Vía España, se ven los restos de las viejas casas de madera, construidas por muchos de los antillanos traídos para las obras del Canal de Panamá. La Vía España atraviesa el nuevo Rfo Abajo; a sus lados, entre el barrizal de los hombros sin aceras, discurre una turba multa integrada racialmente, aunque predomina el chombo, negro lingüísticamente híbrido, panameño a ratos, cuyos hijos ya van cambiando a pesar de que todavía, como un lastre ineludible, cargan en sus conciencias el ancestral miedo de sus padres al "gringo"(8) de la Zona del Canal. En una de esas calles está la casa de apartamentos

donde viven Castillo y García. Propiedad de un español, el edificio es bastante nuevo y, aunque mal cuidado, da a sus ocupantes un nivel mas elevado que el de los habitantes del resto de la calle.

Así están repartidas nuestras clases sociales. La escala de diferencias estriba en matices muy débiles: diez balboas mas de alquiler, unas pulgadas mas en el tamaño del televisor, un poco mas de níquel en el carro, zapatos extranjeros, el jaibol en lugar de la cerveza o el ron nacional; así se miden las posiciones de nuestras familias humildes de la llamada clase media baja.

Ni la calle, ni el edificio, ni el apartamento, parecen formar parte de la vida de Castillo o de García. Si algo los asemeja es su separación absoluta y completa de este ambiente. Ambos huyen con los pies y con los ojos de este microcosmos. Ambos logran escapar. Nada allí los toca; ni siquiera la estrechez de los cuartos logra rozarlos. Están en esa casa, ambos, como los paraguas en los hogares: nunca se abren adentro y siempre se cierran antes de atravesar el umbral.



La sala de espera sigue llena. Las secretarias entran y salen de diferentes puertas. De una de ellas, la que da ingreso al despacho del Presidente de la República, sale Margarita Leándrez de Pérez. Margarita es la Secretaria Privada del Primer Mandatario. Sólo ella tiene la clave mágica que abre y cierra el orden de ingreso a ver al Líder. Lista en mano, llevando en el ángulo del codo algunos expedientes, Margarita se dirige a su escritorio.

Margarita tiene 37 años y su aspecto es el de esas mujeres que, como algunas maquinarias, comienzan a perder los chirridos de lo nuevo y a desarrollar su acción como si estuvieran lubricadas a cada instante. Es la única que no viste uniforme. Ello le permite demostrar algo de elegancia, aunque sin ser demasiado llamativa. Hace ocho años que trabaja con el Líder. Después de laborar en algunas oficinas públicas haciendo el rutinario trabajo de oficinista, Margarita se cansó de algunas prácticas de sus jefes y decidió unirse a la organización de uno de los amigos del Líder, quien para entonces estaba exilado. Entusiasta, de lealtad probada, hizo algunos viajes al país donde residía el Líder acompañando a varias misiones políticas. Cuando el Líder regresó, Margarita tuvo que ayudar en las labores de la Oficina Central del Partido. Poco después el propio Líder la elegía entre varias para servirle de Secretaria Privada. Luego, las campañas, los discursos, los archivos - y, por fin, el Poder.

Pero así simplemente no puede decidirse ni decirse el esquema de Margarita. Egresada de uno de los colegios comerciales de la capital, recorrió innumerables oficinas buscando trabajo. Sus padres correspondían a esa clase multiforme y general de hogares formados por oficinistas y empleados públicos. Una clase que pareciera destinada a crear carne de cañón para los políticos de patio. El hogar era modesto, metido entre dos zaguanes de una de las calles mas estrechas y viejas de la ciudad. De allí salía todas las mañanas Margarita hacia el trabajo que un amigo de la madre

le había conseguido en el Ministerio de Salud Pública; por allí mismo, en una de esas esquinas, conoció a Carlos Pérez, hijo también de un hogar parecido al de ella, y por esas calles oscuras fue creciendo un romance calentado en los cines de veinticinco centavos y madurado al sol de la playa de Farfán. El padre siempre se opuso a ese noviazgo. Una vez, una noche, casi estrella la pequeña "cacharpa" al tratar de atropellar a Carlos. En verdad, el padre esperaba casar a la hija con alguien de "porvenir". Porvenir, naturalmente, para él y para su mujer, pues no se veía trabajando más allá de los cincuenta años. Qué diablos, para algo tenían que servir las hijas.

El destino no lo quiso así. Margarita siguió escondiéndose con Carlos en los cines de veinticinco centavos y acostándose con él en la pequeña playa canalera. Por su parte, el padre y la madre desaparecieron del mundo más tarde cuando, sin advertir que las luces del semáforo habían cambiado, él estrelló la "cacharpa" contra un bus muriendo ambos instantáneamente. No llegó a los sesenta, pero tampoco asistió al matrimonio de Margarita con Carlos.

Ni un retoño alegró el nuevo hogar. Al principio, la decisión de no tener hijos hasta poseer algunos "ahorritos"; luego la abulia, la desazón y, por fin, el desaliento, o simplemente la incapacidad de procrear. Así hay algunas parejas en que el coito entre ambos es un esfuerzo improductivo, no por la labor desarrollada, sino por la inexistencia del deseo. Así fue macerándose esa unión. La agitación y el romanticismo de la política sacó un poco de su letargo a Margarita; la elección del Líder llenó el resto de su vida, y si todavía no se había entregado en cuerpo a él era por un pánico atávico a perderlo. Así siguió con Carlos que, de almacén en almacén, esperaba que el Líder triunfara para, a remolque de su mujer, "independizarse con algún negocio".

Margarita no estaba amargada. El matrimonio con Carlos había obedecido casi a una obligación, a satisfacer el cánón de su sociedad. Casarse era de hecho una diferencia con el resto de las muchachas del barrio

que, perdida la virginidad, tenían pocas esperanzas de un casamiento con todas las de la ley. Por lo demás, el activismo de la agrupación a la que pertenecía le permitía llenar su vida con algo diferente. No era una simple secretaria: era la secretaria de un hombre predestinado.

Ahora, con el triunfo en las manos, ¿qué hacer? Carlos la tenía loca pidiéndole que le consiguiera algo. Por suerte no tenía otros parientes que la acosaran con peticiones familiares. Los demás, los que se acercaban a ella para hacer llegar algún mensaje al Líder, no tenían ningún derecho sobre ella. Pero, ¿qué hacer? Algunas amigas le habían dicho que era el momento de aprovechar. "Margarita, ahora sí te salvaste".

Margarita colocó los expedientes en la gaveta de despacho. De la lista que le había entregado el Líder llamó el nombre que tenía marcado el número uno: Alfredo Díaz. Díaz era un joven luchador que había estado detenido varias veces y por diversos períodos durante los años anteriores a las elecciones. Activo dirigente de la organización, nacionalista furibundo, creía en su Patria y en su Líder. No había sido nombrado en ninguna posición y en verdad se extrañaba de ello, pero como se hablaba de que todo era provisional, tenía esperanzas de que el Líder lo distinguiera pronto. Para eso venía hoy, a indagar sobre su futuro.

Al entrar al despacho del Presidente, por primera vez en su vida, Alfredo Díaz se extrañó de dos cosas. Primero, nunca pensó que esta oficina fuera tan pequeña; segundo, qué distinto se notaba el Líder detrás de ese escritorio. . . .Tenía semanas que no lo veía. Después de la fiesta del día de toma de posesión del mando, Díaz, sorprendido un poco por los nombramientos ministeriales, había estado esperando una llamada o alguna noticia sobre su designación en algún cargo oficial. Nunca le había dado mucha importancia a este asunto de los puestos, pero ahora no comprendía por qué aparecían decretos y mas decretos y ninguno con su nombre.

Díaz, sonriente, con toda la fe de sus treinta años, alargó la mano para saludar al Líder. —Siéntese, siéntese. . .—la voz poca amistosa, seca y desabrida, sorprendió a Alfredo Díaz, pero pensó que el Líder tenía muchos problemas. El Presidente se revolvió en su asiento y, al tiempo que consultaba algunos documentos en el escritorio, se quitó los lentes y miró fijamente a Díaz esperando que éste hablara el motivo de su visita.

El Líder se sentía incómodo cada vez que aparecía uno de estos fanáticos. Casi siempre venían a dar consejos, a reclamar promesas incumplidas, a pedir que se hiciera tal cosa, que se tomara tal medida, que se enjuiciara a tal o cual personaje anterior, que se acabara con éste o aquel monopolio. Como jodían estos fanáticos. Si sólo supieran que estaba cansado de todos ellos. . . .

Ahora este Alfredo Díaz, que pensaría qué se merecía? No lo había dicho bien claro el día de la toma de posesión?: a su debido tiempo usaría a cada uno de ellos. Para qué venir a recordar, a tensar lo que ellos consideraban amistad y que para él no era, no podía ser otra cosa que la simple relación entre ídolo y creyente. Al principio había sido un simple ejercicio de inteligencia y valor; el Poder le había interesado como símbolo de triunfo. Como demostración de superioridad. Como la cresta que luce el gallo. Y así se había apoderado del golpe revolucionario en el que, juegos del destino, la cobardía del intelectual apostado en el comando había servido de contraste a su espíritu aventurero y decidido.

Cuántas cualidades le encajan a uno las circunstancias. Y cuántos defectos surgen ante la derrota, ante el fracaso. . . Allí, en ese instante en que, jugando la vida, rescató del miedo a los compañeros dirigentes, selló su destino. Muchos jugarían después el mismo juego; muchos morirían, muchos serían cien veces mas valientes que él; muchos simplemente se cansarían, muchos se traicionarían a sí mismos.

Todos, todos habían fracasado, menos él. Todo

había comenzado veinticinco años atrás, un cuarto de siglo, y lo único que necesitó fue que el miedo se enseñoreara en su Jefe. Un momento de vacilación y el jefe se había ido al diablo. ¿Por qué los otros lo habían aceptado a él? No era solo su valor. Quizás ellos tenían mas miedo que el Jefe, que ese intelectual escondido a medianoche bajo la cama de su propia madre. Estos intelectuales.... Desde aquella noche de la Revolución había sentido un desprecio tremendo por estos señores que servían para todo, menos para jugarse la vida. Si algo temían era a la muerte, cuando el verdadero enemigo no es la muerte sino la miseria.

¿Qué querría ahora este Díaz que no hablaba? Lo había hecho pasar de primero como una gran distinción. No podría quejarse si le negaba lo que iba a pedir; después de todo, lo había hecho pasar de primero: por encima de muchos que venían a tratar asuntos mas importantes. El sólo hecho de recibirlo era ya un pago a las contribuciones de Díaz a la lucha. ¿De donde sacarían algunos que el triunfo era de todos? El triunfo nunca es de todos; siempre es de uno sólo, y en este caso, era de él; era el mismo triunfo que había arrebatado a los otros hacía veinticinco años. Era el triunfo que le pertenecía a él. Todo lo demás era arandela vistosa y conveniente, pero nada mas que arandela. Pero ninguno le comprendía; ni uno sólo de ellos comprendía que el triunfo sólo se entregaba a los audaces, que había que empujar, empujar, empujar y, claro, tener el hacha siempre lista para cortar las cabezas que sobresalieran. Suerte que Díaz no era de esos intelectuales que ahora lo adulaban. Cómo los despreciaba. Ya la lucha no lo entusiasmaba. A mis años— pensaba— basta con cortar cabezas. Su éxito se debía a esta práctica. Si no hubiera decapitado a tantos aventureros, estaría sentado allí? ¿Sería adorado tanto? ¿Y la adoración política, no es temor? El miedo, qué gran emoción. Díaz, con toda la valentía que había demostrado en los momentos de lucha, no estaba ahora paralizado ante él? Pendiente de su voluntad, de su humor, de una sola palabra, de un sólo gesto suyo.

—Cómo están las cosas, qué dicen los muchachos...
A usted, ¿cómo le va? . . —el Líder había tra-

tado a cientos de convencidos y a miles de hombres ansiosos de convencerse de algo, de creer en algo, de entregarse a otro hombre. El Poder, cómo fascinaba el Poder. El Destino le había hecho una sola mala jugada: nacer en un país tan pequeño. En un tiempo ésto se le presentaba como un reto. Si el país era demasiado pequeño para él, pues a hacer el país grande, ensanchar el saco para caber en él. Cuán equivocado había estado. Decididamente era una mala jugada del Destino. Si de algo se arrepentía era el de haber nacido aquí, sin otras fuerzas que las propias. Sin otro coraje que el suyo. Sin otra visión que la suya, cíclopea, universal, titánica. Y haber nacido en un país de ratones. Qué desgracia.

Alfredo Díaz ensayaba una respuesta a las preguntas del Líder. En verdad, lo que atenaceaba su mente era la futilidad de su presencia allí. Creía que al verlo el Líder lo abrazaría, le preguntaría o le diría que pensaba usarlo para algún fin superior, que lo necesitaba para desalojar a algún trapisondista de la vieja era. Y ahora, nada. Nada se traslucía ni de sus gestos ni de sus palabras. ¿Qué responder? ¿Cómo disimular este traspies, esta sensación de vacío? Este salto en blanco, en el aire, esta ausencia de motivo, este saber que uno no es necesitado. . . .A lo mejor se estaba imaginando cosas, a lo mejor el Líder quería en verdad conocer su opinión. Lo consultaba. Quería oír la voz de alguien sincero, leal, desinteresado. A lo mejor lo estaba probando para ver si iba a pedir algo como todos; como la jauría que esperaba afuera algún favor. . . .Claro, eso era. En un instante hizo desaparecer todos sus deseos de hablar de su propio futuro. Lo importante era que el Líder supiera cómo estaban las cosas, qué decían los muchachos, qué pensaba él.

—Estamos esperando sus órdenes, Líder—comenzó—Usted sabe que nosotros somos soldados de nuestra gran causa. El pueblo está esperando también, todos estamos esperando para que comience esta nueva era. Ahora sí tenemos un Presidente, ahora sí veremos a nuestro país liberarse de tanta esclavitud. Usted sabe, Líder, que estamos con usted y nada nos hará detener en nuestra

marcha hacia la soberanía. Ahora sí tenemos un Presidente de verdad, no un esclavo de los gringos y de los vendepatria. Yo sólo he venido a saludarlo, a pedirle que nos acompañe una noche de estas en nuestras reuniones. A que nos honre con su presencia. . . ."

Un ligero cosquilleo molestaba a Dfáz. Sentía los fondillos del pantalón como húmedos, pero lo que en verdad lo molestaba era esa salivación necia que le impedía hablar bien. Qué vaina. El Líder iba a pensar que no sabía enfrentarse a las circunstancias. A todas estas sensaciones se unía otra que lo aterraba mas aún: una ausencia feroz de motivo, de comunicación, de contacto con el viejo compañero de armas, con el gufa, con su Dios.

Ni una palabra había dicho el Líder para que se sintiera así. Ni una sola expresión justificaba esta espina. Sin embargo, Dfáz se sentía presionado por todos lados; sentía la opresión de los de afuera que esperaban su turno; sentía que el propio Líder lo empujaba contra ellos; hasta los teléfonos parecían estar esperando que se levantara para sonar. Cómo añoraba los momentos de la lucha, la campaña, los discursos, el revólver al cinto, los gritos de la multitud, la llegada del Líder.

-Señor Presidente, el Ministro de Gobierno desea saber si espera o regresa mas tarde.- Margarita había entrado casi sin hacer ruido. Mientras colocaba otros documentos en el escritorio del Mandatario, miraba a Dfáz como el teniente del pelotón de fusilamiento mira al condenado. Vete ya, parecía decirle. No soy yo quien te mata.

El Líder también miraba a Alfredo Dfáz. En sus ojos no había nada. Eran dos ojos de fusiles cargados con salvas. No mataban, y en el caso de Dfáz, ni siquiera trataban de asustar. Simplemente no decían nada.

-Bueno Líder, espero que acepte nuestra invitación.- Dfáz se levantó mientras pronunciaba estas palabras.

Ahora sentía a Margarita, compañera también de ayer, como otra más que lo empujaba hacia afuera. El Líder por su parte masculló alguna promesa y comenzó a firmar un documento. Uno mas que molestaría menos.

XXXXXX

El Ministerio de Gobierno había sido una de las posiciones mas discutidas por el Líder. Para contrarrestar posibilidades de traiciones necesitaba en ese Ministerio, del cual dependía la Policía, a una persona de su entera confianza. Al mismo tiempo, la Policía había mantenido siempre un derecho a veto en ese Ministerio. El Líder había decidido que el Ministro fuera Joaquín Villarreal. La Policía se había opuesto tímidamente, lo que galvanizó la posición del Líder y nombró a Villarreal contra la voluntad de los oficiales militares. "Soy un predestinado, y si alguno se considera un nuevo profeta, debe salir inmediatamente a predicar su credo. En mi gobierno, el Presidente de la República soy yo, y cada ministro lo nombro yo, sea de Gobierno, de Hacienda, de Culto, de lo que sea, lo nombro yo" había dicho a la Comisión de oficiales. Estos se habían despedido jurando lealtad a la Constitución y al Presidente de la República.

Villarreal entró por la puerta de la Secretaría General. Sus cincuenta y tantos años los llevaba bien. Después de unos escarceos nacionalistas, vinculado al Líder en viejas parrandas e inquietudes juveniles, había sido Embajador de otros gobiernos sin abjurar completamente de su militancia con el Líder. Casado con una norteamericana, era muy consciente de su rol en la vida nacional. El era el que había aconsejado al Líder, una de esas noches de exilio, las ventajas de un acercamiento con los gringos. "El nacionalismo es muy bonito, pero hay que ser realista, -le había dicho-, si no te unes con los gringos, sólo quedan los comunistas y esa vaina está jodida. . ."

El Ministro de Gobierno conocía perfectamente al Líder. Sabía que su única debilidad ultimamente era el jue-

go y rejuego de la miseria humana. Sabía que aun restaba algún interés por hacer algo en beneficio del pueblo, pero que ese interés era acicateado por un deseo de venganza contra las clases superiores y constreñido por una creciente decisión de durar en el Poder. Solamente estando bien con los gringos podía lograr lo último le había dicho. Su nombramiento como Ministro de Gobierno y Justicia le convencía de que había trabajado bien. Lo demás era su asunto personal. Quizá el Líder se equivocara y, entonces, ¿quién sino el Ministro de Gobierno para ocupar la Presidencia?

XXXXXX

Margarita no gustaba mucho del Ministro de Gobierno. Presentía en esa amistad algo que faltaba: la lealtad incondicional, lo que ella y muchos daban al Líder: la fidelidad. En sumente, el Ministro se franqueaba con el Líder, pero no se entregaba. Celos quizá de esta amistad que no dependía de sus informes; que se basaba en cosas anteriores y en cosas actuales que estaban fuera de su esfera.

El Ministro se ha sentado en una de las butacas frente al Mandatario y parece esperar que la Secretaria se retire. Margarita se va con sus expedientes y quedan sólo el Presidente y su Ministro. Villarreal extrae del bolsillo interior de su saco un sobre y le pide al Presidente que lo lea:

La carta dice así: "Señor Ministro: Su Presidente está loco y solamente nos queda una esperanza: que usted comprenda que la suerte de nuestro país, nuestra pobre patria, no puede quedar al arbitrio de un hombre que en pocos meses ha demostrado su incapacidad para abrir nuevas rutas al devenir nacional. Con excepción de usted, los demás miembros del Gabinete son, o simples figurones de su megalomanía, o restos de una oligarquía a la que creíamos liquidada con el ascenso del Líder al Poder. Esta carta tiene dos propósitos: uno, el

que usted, probando su lealtad al Líder, se la muestre y sepa él que la causa por la que hemos luchado no termina con su ascenso al Poder sino que comienza allí. El otro, que usted, si cree que el Líder considera terminada la lucha, asuma la responsabilidad que nuestros muertos han dejado sobre nosotros: hacer de nuestro país una República soberana".

El Líder ha leído la carta y la arroja sobre otros papeles. Mira fijamente a Villarreal y le pregunta:

-¿Es ésta la primera que recibes? . .

-Un muchacho la trajo esta mañana y se la entregó al guardia de servicio en mi casa-responde Villarreal. -Antes no había habido otra.- El Ministro sabe bien el terreno peligroso que pisa; sabe que goza de la confianza del Líder, pero los términos del mensaje son totalmente equívocos, y ya se sabe que el Gabinete no ha satisfecho a los nacionalistas ni a los intelectuales.

-Qué piensas de ésto. . .-el Líder ha disimulado su disgusto y observa a su Ministro. ¿Por qué le ha traído esta carta? Debe recibir todos los días cartas como ésta. Antes de ser Presidente, Margarita tenía decenas de estas tonterías, aconsejando, amenazando, criticando, insultando, toda la gama de las pequeñas pasiones que agitan a los miserables. Anónimos. Así quedarán todos. Anónimos. Pero Villarreal no es un tonto. ¿Por qué traerle esta carta? ¿Se habrá equivocado con Villarreal? Ya no se puede confiar en nadie. . . .

-Te la he traído para que veas que ya comienza la misma campaña de siempre. Los anónimos y el sabotaje interno. Es la táctica de estos "rabiblanco" que no se atreven a pelear de frente. Pienso encargar a dos de los muchachos de confianza para que averigüen de qué se trata.- Villarreal habla con toda tranquilidad; no da mayor importancia al asunto, pero no lo deja de lado. Hay que estar atento a todo. Para eso es el Ministro de Gobierno; para eso el Líder le ha confiado su seguridad.- Fíjate que mencionan a los nacionalistas, y todo en la carta tiende a acusarte de no responder a sus

deseos. Si estuviéramos a mitad de gobierno quién sabe, pero ahora, a seis meses. . . Algo se trama y quieren comprometer a los nacionalistas. Esa es mi opinión..."

Tiene razón Villarreal, piensa el Lfder. Dfaz acaba de salir. Si los nacionalistas esperaban algo, alguna medida radical en estos primeros meses, Dfaz lo habría dicho. Además la carta asume que Villarreal se la mostraría a él. ¿Habría venido Dfaz antes de tiempo, pensando que ya el Ministro le había informado sobre este anónimo? Ya no se puede confiar en nadie.

-Anoche me llamó Fragonall, tú sabes, del grupo de Transporte Urbano. -comienza Villarreal dejando de lado el asunto del anónimo.- Dice que ellos contribuyeron con cien mil balboas al fondo de la campaña y que ahora el Ministro de Trabajo los está presionando para arreglar el asunto de los aumentos a los choferes. Le dije que la contribución de ellos era una contribución patriótica y que, en mi opinión, el Ministro de Trabajo no actuaría sin instrucciones tuyas. Yo no se si has hablado con el Ministro, pero Fragonall sonaba amenazante. . . Dice que tendrán que parar los buses si las demandas obreras son atendidas. El transporte, según él, está perdiendo plata y tuvieron que sacar de sus propios bolsillos para la contribución. . ."

Las últimas palabras de Villarreal provocaron una reacción incontrolable en el Lfder. ¿Qué se habrá pensado Fragonall? ¿Que él es un hombre a quien se puede amenazar? ¿Y ese Dfaz, ese idiota de Dfaz, qué habrá venido en verdad a hacer aquí? ¿Por qué habrá cambiado Villarreal la conversación? . . . Ya no se puede confiar en nadie.

- ¿Cuántos buses tiene Fragonall? -dice de pie el Lfder. Sin esperar la respuesta aprieta el botón del intercomunicador y ordena a Margarita que entre.- Llámame al señor Fragonall del grupo del Transporte y después al Ministro de Relaciones Exteriores.- le dice a su Secretaria Privada. Mira fijamente a Villarreal y le espeta: - Cuando cualquiera presente, o siquiera insinue una amenaza a mí, debe ser liquidado de inmediato. Tú me conoces. No he tolerado, y no pienso tolerar,

amenazas de nadie. Si alguien tiene en la mente la idea de que ha dado un real para que yo haga ésto o lo otro, está totalmente equivocado. Hoy el Presidente de la República es un hombre, ¿ste? Es un hombre. . . el único hombre que amenaza o castiga en este país. . . ."

El Líder vuelve a sentarse. Fragonall. Por culpa de todos estos extranjeros el país está así. Antes, hace tiempo, pensaba que eran los gringos. Son estos hijos de puta extranjeros, sobornadores de siempre, los que tienen al país así. Fragonall. Es capaz de tener cédula de panameño.

—En mi opinión—trata de aconsejar Villarreal—no debes precipitarte. Fragonall es una fuerza a la que no hay que desestimar. Acuérdate que el transporte es un asunto vital, y golpear ahora a Fragonall es poner sobre aviso a todos los otros hijos de puta. Fragonall les compra a los gringos casi tres millones de dólares al año. . . ."

El sonido del teléfono interno interrumpe a Villarreal. El Líder toma el auricular y Villarreal pone atención a la conversación. Algunos oficiales de la Policía se le han acercado para pedirle que no atiendan a los choferes. Estos oficiales tienen buses en algunas rutas y el aumento a los choferes reduciría sus ganancias.

—Señor Fragonall, entiendo que usted está pidiendo la devolución de los dineros con los cuales contribuyó a mi campaña.— La voz del Líder suena ominosa, y tras un silencio que obedece a lo que contesta Fragonall, vuelve la misma voz a decir:— Me alegro de saberlo, pero de todas maneras aquí está el Ministro de Gobierno conmigo. Le pediré que le entregue a él una lista cabal de la contribución de cada uno de sus amigos para que el Ministro la devuelva personalmente a cada uno con mis gracias. Señor Fragonall, el Ministro de Relaciones Exteriores lo recibirá mañana a las ocho de la mañana. . . .—El Líder colgó el teléfono, volvió a mirar a su Ministro de Gobierno y le dijo: —Mañana el Canciller ordenará la ex-

pulsión de Fragonall y tú, mi Ministro de Gobierno, se encargará de ponerlo en el primer avión que salga para el extranjero. Fragonall no es hombre para mí. . ."

Villarreal salió del despacho presidencial sin saber si había ganado o perdido. Fragonall era un enemigo poderoso, astuto, y ya se imaginaba que la reacción del Líder obedecía a insinuaciones de él, de Villarreal y de nadie más. Muchos oficiales de la Policía dependían de los favores de Fragonall, del crédito de Fragonall. Fragonall era el mayor importador de respuestos de automóviles de los Estados Unidos. Había planeado que el Líder amenazara a Fragonall y que Fragonall lo buscara como pacificador o intermediario, pero, ¿expulsar a Fragonall?

Este era el primer choque violento del Líder con los intereses creados. Y él, Villarreal, había sido el catalizador. Fragonall. Qué vaina. Y estos choferes que no valían mierda. Ni unidos estaban. . .Y la mitad de ellos maleantes autorizados por la Policía para manejar buses. . .Qué vaina.

El Ministro decidió no ir a su despacho. Sus planes no contemplaban la expulsión de Fragonall y estaba consciente de que la decisión del Líder podría cambiar en las horas próximas. Había que sellar la suerte de Fragonall o reparar el malentendido. Pensó que lo mejor era confirmar con el Líder y desde un café llamó por teléfono. El Presidente tomó la llamada y Villarreal sugirió que sería bueno vigilar a Fragonall hasta tanto recibiera de la Cancillería la nota de expulsión. Encontró al Mandatario más calmado pero firme: Fragonall tendría que salir mañana del país, por las buenas o por las malas.

No era la primera vez que Villarreal acababa con alguien, pero sí era la primera vez que estaba a punto de liquidar a un personaje como Fragonall. Todavía no estaba convencido. No sentía mayor satisfacción; en muchas ocasiones había visto al Líder gozar después de una ejecución física. Lo que quedaba de la ejecución, fuera material o moral, parecía infundirle nueva vida; era como si se alimentara de la baba que dejan los muertos recientes, los suicidas fracasados.



El Canciller no estaba en su despacho. Poco después era localizado por su secretaria y llamaba al Líder. No se atrevió a pedir explicación alguna sobre la seca orden: el señor Fragonall debía ser embarcado al día siguiente en el primer avión que viajara hacia España, su país de origen. Mal comienza este asunto, pensó el Ministro de Relaciones Exteriores. Fragonall tiene amigos muy poderosos, pero una orden es una orden. Allí Villarreal que se encargue de ponerlo en el avión; él por su parte se limitaría a firmar un memorándum comunicando al Ministerio de Gobierno la orden de expulsar del país al señor Humberto Fragonall por "intervenir en asuntos internos nacionales". Lo mejor era no ir hoy a la Presidencia; ¿qué habría pasado con Fragonall?

Discutir en esos momentos con el Mandatario hubiera sido inútil. El tono de la orden daba un carácter definitivo al asunto, y el Canciller conocía perfectamente ese temperamento. Mañana temprano esperaba a Fragonall: hablar con él antes era peligroso; seguramente desconocía la decisión del Líder y un aviso prematuro podría dar al traste con la discreción, hacer que Fragonall apelara a sus amigos y, si cogía fuerza, el Líder podría reaccionar contra él mismo. Antonio Solís no era un tonto. Por algo representaba a tantas compañías extranjeras en su bufete de abogado. Por algo el Líder le había confiado el Ministerio de Relaciones Exteriores.

Desde un teléfono público llamó a la Compañía Holandesa de Aviación. Allí averiguó que al día siguiente había un vuelo para el Viejo Continente; identificándose, ordenó al Gerente la reservación de un puesto en el vuelo a Madrid sin darle el nombre del pasajero que lo utilizaría.

El procedimiento era corriente y no causó extrañeza al Gerente de la Compañía; era una orden del Ministro de Relaciones Exteriores y por suerte el avión no estaba completo.

El chofer condujo a Solís al Ministerio de la Plaza Porras. El Ministro atendió algunos asuntos de rutina y luego recibió a los Jefes de Departamento. Nada importante parecía presentarse ese día salvo la reunión del Consejo Nacional de Relaciones Exteriores. Decidió posponer la reunión pues el Líder le había comunicado su propósito de efectuar algunos cambios en ese organismo. En realidad el Consejo, que por Ley tenía su procedimiento de integración, estaba compuesto de veteranos de la política internacional. Pero la mayoría de sus miembros representaban conceptos tradicionales de la vida exterior panameña. En opinión del Líder no poseían un criterio independiente sino que estaban ligados a intereses muchas veces extraños al propio país.

Solís no concordaba demasiado con el Líder sobre el rumbo internacional pero sí coincidía con la opinión sobre el actual Consejo. El obstáculo para la renovación del mismo radicaba en la Ley, pero experiencias pasadas indicaban a Solís que no sería difícil obtener las renunciaciones de la mayoría. Sería bueno tener una lista de reemplazos pues las renunciaciones y los nombramientos debían ser simultáneos. El cambio, además, debía tener cierta significación política.

El Líder quería dar una sensación pública de independencia con respecto a los Estados Unidos de Norteamérica. Al mismo tiempo había que evitar el sambenito del "comunismo". Claro que a nadie se le ocurriría calificar al Líder de pro-comunista pero era mejor no caer en errores pues bien sabía Solís que algunos sectores norteamericanos no transaban con el Líder.

Solís había participado en algunas conversaciones entre el Líder y los "gringos". Meses antes, en un lujoso apartamento del barrio Campo Alegre, entre jai-boles y deliciosos bocadillos, el Líder y él habían discutido largo tiempo con ciertos "inversionistas" norteamericanos. Nadie más había asistido y el propósito era "conversar francamente sobre las posibilidades de inversión en Panamá". Solís recordaba bien que ni uno solo de los "inversionistas" era conocido de él ni del Líder. Ningún miembro prominente de la colonia norteamericana residente en el país había estado presente.

La conversación pronto derivó hacia conceptos políticos. Sólo un tonto no habría comprendido que las famosas "inversiones" estaban supeditadas al juicio que se formarían los "inversionistas" de esa conversación.

En realidad no se había hecho ningún "pacto" ni promesas de ninguna naturaleza. El Líder se había explotado sobre la necesidad de consolidar un régimen fuerte, capaz de enfrentarse a la subversión "roja" y de preservar la nacionalidad panameña. El capital, había dicho, tendría todas las garantías siempre que permitiera la participación de panameños en las grandes empresas. Había que proteger al nacional y evitar que toda la riqueza saliera del país. Aparentemente esto no preocupaba a los "inversionistas", y el financiamiento de la campaña no fue problema. El Líder podría estar loco pero sabía manejar a estos "gringos".

Solís no vio mas a ninguno de los "inversionistas" de aquella reunión. En una ocasión preguntó al Líder sobre dichos personajes. Por toda respuesta recibió una sonrisa socarrona pero ninguna palabra aclaratoria.



Pascual Mendoza abrió el periódico y buscó los avisos clasificados. El chofer del Ministro de Relaciones Exteriores tenía días de estar revisando los anuncios de alquileres. Mendoza había sido nombrado gracias a su historial de militante del Partido. Varias veces había ido a dar a la cárcel por seguir al Líder. Ahora veía recompensados sus esfuerzos: chofer del Ministro de Relaciones Exteriores. El sueldo le permitiría mudarse de la pocilga en que vivía desde hacía tanto tiempo.

Hombre humilde, sus treinta años los había pasado en el Marañón. Su madre apenas había logrado mandarlo a la escuela primaria; temprano había seguido el camino de muchos de sus vecinos: la venta de periódicos, la caja de lustrar zapatos, y siempre, siempre, el calor agobiante del cuartucho y el limo del patio. Una vez quiso regresar a la escuela nocturna pero la madre se enfermó y tuvo que olvidarse del deseo de lograr un diploma. Mas tarde comenzó a lavar carros. Ya entonces era un mocetón algo fornido. Los puños le sirvieron para disputar clientes a los lavadores mas viejos. Allí aprendió a manejar y allí comenzó a pensar en el Líder.

La cantina de la esquina era su único escape de la lobreguez del cuarto y la inmundicia del patio. Varias veces había querido mudarse pero la "vieja" se oponía. Allí la conocían, ya estaba muy anciana para hacer nuevas amistades, el chino(9) le fiaba, el cine estaba cerca y no era la única anciana. Otras mas se pudrían en esos cuartos contándose sus miserias, envenenando sus mentes con las novelas de la televisión.

Ahora estaba decidido a mudarse. Si la vieja se negaba se mudaría sólo. Ya estaba bueno de vivir matando cucarachas y ratones todas las noches. Si no conseguía un cuarto mejor trataría de lograr uno de los que construía el Estado; por lo menos esos eran de cemento y no de madera, esa madera que olía a miles de años de miseria. Por lo menos tendría su propio baño ahora que era chofer del Ministro de Relaciones Exteriores.

Por mas que buscaba Mendoza no encontraba un anuncio de vivienda que le conviniera. Parecía que los únicos cuartos disponibles eran para los ricos.

María Elena se lo había dicho varias veces. Le parecía oír la voz de la "negra": no pierdas tiempo con los periódicos; dile a tu Ministro que te consiga un cuarto del Gobierno. Si te quiere ayudar verás que te lo consigue. . . . todo es cuestión de "pul", (10) qué no consigue un Ministro.

La "negra" tenía razón, pero Mendoza no tenía confianza con el Ministro y tenía que lo considerara un "pedigüeño". En su fuero interno quizá pensara que no tenía derecho a pedir más. Suficiente con tener el puesto de chofer. Suficiente con la envidia que ya le tenían sus antiguos compañeros. Pero cómo podía la "negra". . .

No pasaba día sin que María Elena le hablara del apartamento como llamaba ella el cambio. Apenas lo veía en el parque esperándola le hablaba del asunto. Nunca habían conversado de casarse, o de unirse, pero aparentemente ello estaba sobreentendido. La "negra" lo quería y él también a ella. La verdad era que estaba aburrido de las mujeres de la cantina.

Mendoza nunca se había casado; ni siquiera había vivido amancebado como tantos de sus amigos. De muchacho el amor le había huido. El, a su vez, se espantaba del amor: veía a tantos de sus amigos muriéndose de hambre por los hijos, emborrachándose para no oír a la mujer y a los muchachos pidiendo y amontonándose unos sobre otros. Por lo menos su "vieja" ya no pensaba ni en comer.

Así estaba bien; cuando sentía el aguijón del deseo sexual se acostaba con una de las putas del barrio. Por respeto a la vieja no las llevaba al cuarto sino que le alquilaba la cama a Joaquín y a Dolores. Riéndose para sus adentros, Mendoza se acordaba de cuántas veces los había hecho despertar y levantarse. Por el peso (11) que cobraban, Joaquín y Dolores eran capaces de quedarse toda la noche parados en la esquina. Qué

hijosdeputa los dos. Quizá su padre habría hecho lo mismo antes de morir borracho atropellado por un carro...

Con María Elena todo era distinto. Del mismo origen social, los padres de María Elena habían ascendido un escalón. Del cuarto maloliente y del patio tumefacto pasaron a la casita bruja (12). Mendoza tendría que mejorar si no quería perderla.

XXXXXX

María Elena apretó la tarjeta en la mano y luego la escondió en uno de los bolsillos de la falda. Recogió la ropa del cliente y la metió en la bolsa con el tiquete correspondiente. Faltaba poco para la hora de salida y se sentía cansada. Cada día había mas gente mandando ropa a la lavandería.

No tenía ganas de ir esa noche a la escuela; si Pascual estaba en el parque le diría que se iba a descansar. Si no estaba, bueno, mejor. Debía hablar seriamente con él, pero hoy no se sentía de humor para una conversación formal. Además tenía varios días de estar llegando tarde a la casa.

Cuando se fue a cambiar, María Elena vio la tarjeta que le había entregado el cliente; además de las señas del dueño tenía escrita a mano una hora: 7 p.m. La invitación era obvia.

El parque estaba vacío. Salvo algunas personas esperando buses para los suburbios, las bancas estaban vacías. María Elena buscó a Pascual pero no lo vio en todo el ámbito y se sentó para decidir si iba a su casa o si iba a un cine. A su mente regresó la tarjeta del cliente y volvió a mirarla.

Eran la seis y treinta y la plaza se entregaba al crepúsculo. El atardecer era de verano y era poco usual el que la plaza estuviera vacía. En verano era

difícil encontrar una plaza vacía en la ciudad. Niños, viejos, muchachos, todos parecen escapar de algún hospital o de alguna prisión, cuando no de un asilo, y refugiarse en las plazas de la ciudad. El calor no molesta allí, y si acaso se siente no trae este tufo asfixiante del calor de los cuartos. El aire parece libre. La gente misma parece salida de un subterráneo donde el calor es la cadena que ata a todos.

En estas plazas se diluye el olor de esa terrible mezcla de sudor, de Odorono, de Mum, de Valet, de Old Spice (13) que ahoga y produce un vaho a guerra química, a invento extranatural, a lavado, no de cerebro, sino de narices. A una tremenda argolla científica, colocada en las fosas nasales de seres que añaden, cada uno, un eslabón a la cadena que de cuarto en cuarto termina en el patio de nuestras casas de inquilinato.

Londres, París, New York. A un costado la tarjeta trae estos nombres mágicos. La tarjeta no dice que el dueño ha estado allí en esos lugares de ensueño, pero las tres líneas sueltan una mariposa multicolor. Una mariposa que aletea en cada uno de los sentidos del pobre. Londres, París, New York.

Cuando Marfa Elena tenía 9 años conoció a Demetrio Korsi(14). La tarjeta, por esos estrabismos de los ojos mentales, le atrae a la memoria la figura del poeta y la escena del antiguo cuarto donde vivía. Korsi estaba ya muerto cuando Marfa Elena lo conoció, o lo vió. El poeta se había arrepentido de su futuro. Casa en jirones. Era una seda demasiado fina y demasiado usada por él y por otros. En el cuarto, repleto del olor al cual le había huido toda su vida, Korsi no era mas que un trapo en el cual el ron era el rayo que hacía relucir viejos colores. Después, ya mayor, Marfa Elena había leído sus versos y recordaba aquel rostro grueso, potente, pero a la vez cadavérico, amarillo, esa voz ronca embriagando a los presentes con historias de Londres, París, New York. . . .

Veinte dólares. La cifra se le apareció de repente a Marfa Elena y borró la imagen de Korsi. No le tomaría mucho tiempo si podían hacerlo en la misma oficina.

Como ya eran casi las siete se dirigió a un teléfono público y llamó a Federico Contesa. La conversación fue corta y se concretó a liquidar la pregunta principal: "¿Qué me vas a regalar?"

Minutos después un taxi depositaba a María Elena frente al edificio de oficinas de la Avenida Justo Arosemena. El portero, uniformado, le indicó el piso de la empresa "Investment Service" cuyo gerente era Contesa. Este se hallaba sólo en su escritorio revisando algunos documentos. Cuando María Elena entró, guardó todo y se levantó a saludarla.

-¿Cómo te llamas? Permíteme ofrecerte algo. Yo me tomaré un whiskey, ¿y tú?

-No gracias, una soda quizás. . .

-¿No prefieres un vermouth?

-No, de veras, no quiero tomar licor. Si no hay soda no importa. . .

-Como no; pero después tomaremos y comeremos algo en mi apartamento.

-Ay no, tengo que irme pronto. En mi casa me esperan.

-Qué lástima. Yo había pensado que pasaríamos un buen rato juntos. Sabes, desde que te ví me gustaste. Tú llamada me hizo creer que también simpatizabas conmigo. . .

-Por eso llamé y también porque esta semana tengo que pagar mi escuela y comprar nuevos libros. Tú comprendes.

-Claro, claro. De eso no te preocupes.

Contesa había sacado de un pequeño refrigerador una soda y la sirvió en un vaso luego de prepararse otro con hielo para su whiskey. La invitó a sentarse en el sofa y acariciándole la barbilla le dijo:

- ¿Me vas a querer mucho?

-Eso depende. . .

-Demuéstrame, demuéstrame cómo me vas a querer.

El Gerente de la Investment Service se había sentado en la alfombra, a los pies del sofá donde Marfa Elena sorbía su soda. Marfa Elena le sonreía mientras él le quitaba los zapatos y le acariciaba las piernas. Era una morena espléndida. A los diecisiete años, en un paseo de la Escuela de Contabilidad a la que concurría, había entrado su virginidad a un compañero. Creía que era amor, pero después, luego de un baile, terminó acostada con otro y comprendió y se lamentó de haberse entregado al primero. El segundo tenía mas experiencia.

Para ayudarse en los estudios, pues quería tener un título, consiguió un empleo en la pequeña lavandería. Era poco lo que ganaba, pero el horario le permitía tiempo suficiente para estudiar. El negocio fue mejorando. La clientela también. Dos años llevaba allí. Una tarde, cuando salía para tomar el bus, un cliente le había ofrecido llevarla en su carro. Más por el lujo del carro que por el dueño, había aceptado la invitación. Ya en el camino decidieron tomar algo por las afueras y fue la primera vez que le regalaron veinte dólares.

En la Caja de Ahorros tenía unos trescientos dólares. Horas extras y unas rifas que hacía era la explicación que le había dado a la madre. Le había pedido que no le dijera nada a su papá pues era una "sorpresa para un momento de apuro"; la madre, si sospechaba algo, había preferido quedarse callada. Marfa Elena era una buena hija y esperaba verla bien casada. Lo único que le disgustaba era esa amistad con Pascual Mendoza, un tipo sin futuro.

La madre no era distinta de miles de humildes madres panameñas. Con el tiempo, el amor maternal va enrrumbándose hacia un solo norte: que los hijos puedan mantenerse solos y que las hijas se casen con

alguien mejor que el padre. La madre de María Elena estaba orgullosa de la "negra" como la llamaban. Había sacado la alegría de la cara del padre, y cada día se parecía más en el cuerpo a la madre. Un cuerpo esbelto, cadencioso, casi lúbrico, que parecía no haber sido nunca virgen.

-Cuidado, cuidado—dijo María Elena levantándose.— Todavía no me has dicho cuánto me vas a querer.

De pie, con Contesa todavía sentado en la alfombra María Elena lo miraba sonriente y esperaba su respuesta.

-¿No confías en mí? No seas cruel. ¿Qué quieres que te regale?

-Ya te dije, tengo que pagar mi escuela y comprar unos libros. Si no fuera verdad no te hablaría de eso. . . Yo no soy de esas.

-Lo sé, lo sé. No te preocupes. Ten. . .

Sentado, Contesa sacó dos billetes de veinte dólares de un bolsillo y se los alargó. La sonrisa de María Elena se tronco en franca alegría. Cuarenta dólares. Así debía ser en Londres, París, New York. Tomó los billetes y le dijo:

-Dónde puedo quitarme estas cosas? No quiero ajar me la ropa porque me esperan en la casa.

-Déjame quitártelas yo.

XXXXXX

La callejuela es estrecha y sin luz. Es en verdad un pequeño sendero que se empina hacia el cerro. Las luces de las casuchas constituyen la única iluminación. Muchas veces hay que guiarse por la algarabía de

decenas de aparatos de radio vociferando una música escandalosa y unos anuncios comerciales peores. Por allí se sube a los "Altos de Loma la Pava". Por allí caminan todos los días cientos de hombres, mujeres, niños, cargando sus latas de agua, sus víveres, sus enfermedades, y bajan cargando otra vez su basura, sus desechos, sus botellas vacías de la noche anterior. A veces traen también sus esperanzas, que nacen en la noche calenturienta y se deshacen en el taller, en los almacenes, en las calles de la ciudad.

Por allí sube María Elena, rumbo a su "chalet". Algún día tendré un chalet de verdad, piensa. No le tiene odio a Loma la Pava. En cierto modo es un refugio inexpugnable. Es otro planeta al que los habitantes de la ciudad miran como algo ajeno e inaccesible.

Es un mundo de vericuetos donde ni los senderos ni las casuchas tienen números ni identificación. El que va a buscar a alguien allí tiene que guiarse por las indicaciones de los vecinos. Estos, sospechosos, de todo intruso, cuando no se niegan a dar la información requerida, lo dirigen a otro rumbo mientras avisan a la familia buscada "por si acaso" el visitante es "non grato".

Alguno que otro edificio de concreto se presenta a la vista. Cercado de alambre, rodeado de algún jardincito multiforme y caprichoso. Estos son los potentados. Los que a punta de machete o de influencia se apoderaron de un espacio mayor. Los que, cuando el Gobierno anuncia que eliminará la "barriada bruja", organizan manifestaciones y sacan de sus covachas a toda la turbamulta que se refugia en Loma de la Pava para defender el "derecho de los pobres a tener casa propia".

Tres cantinas sirven de recreo a los varones. Allí campea el vicio esperando los reales que han cosechado los habitantes. Ni una sola Biblioteca, ni un solo dispensario de salud, pero sí una iglesia con su Santo y su bote de limosnas. ¿Los niños? Corretean por los vericuetos y se bañan en los charcos de lodo y detritus. Pero el domingo van a misa.

Por allí sube Marfa Elena, con su tarjeta que dice Londres, París, New York, sus cuarenta dólares y el "sencillo" que pidió "para el taxi". La casa está oscura. Estarán durmiendo? Pero si apenas son las nueve. Cerca, unos hombres están sentados a la puerta de otra de las casuchas. Un radio los acompaña proveyendo el completo musical a las botellas de cerveza. Ya deben estar borrachos, piensa Marfa Elena acortando el paso y sorteando los huecos del camino.

Cuando pasa frente a ellos saluda y se yergue, esperando oír el piropo usual al que ya la tienen acostumbrada. En vez de eso, entre la voz del cantante y la de los bebedores, se escucha una exclamación con dejo interiorano:

-Negra pa buena, carajo.



Desde 1510, en que Diego de Nicuesa es la primera autoridad del territorio, el pequeño Istmo de Panamá ha tenido doscientos cincuenta mandatarios. Nicuesa, expulsado y echado al mar con un grupo de sus seguidores, desaparece en las turbulencias del Caribe. En los primeros cien años siguientes, cincuenta personas ostentan el mando supremo; el cuarto de ellos, Pedro de los Ríos, es el primero y último destituido por inepto. Después la ineptitud había de ser mérito.

En 1527, por instrucciones de Carlos I de España y V de Alemania, monarca en cuyos dominios no se ponía el sol, se inician los estudios para la construcción de una vía interoceánica a través de Panamá. En 1548, el alzamiento de los negros cimarrones inicia cuarenta años de hostigamiento a una clase oprimida que, refugiada en los cerros de Pacora, inflige derrotas a las espadas del Rey.

De 1610 a 1710, cincuenta gobernantes más ocupan el poder istmeño. Cien años después, el número asciende a 29, pero despertada la conciencia libertadora en 1810, el Istmo registra ciento veintinueve gobernantes hasta la primera década del siglo XX. La era republicana, que comienza en 1903, arroja hasta ahora (1968) un total de 65 gobernantes en 65 años de existencia. De todos ellos, veintiseis han muerto ejerciendo el cargo supremo. Uno se distingue por ser el primer mandatario secuestrado en nuestra historia política.

Así a grandes rasgos se desarrolla la cronología de nuestros gobernantes. Arrojo, gloria, traición, codicia, honestidad, sacrificio, estulticia, visión genial, toda la gama de las pasiones humanas se presenta en los jefes del Istmo. La Ley a veces, la Espada otras, deciden la suerte del territorio.

Desprendido de España en 1821, el Istmo pasa a la égida de Colombia. Finalmente, en 1903, asume el carácter de República, esta vez bajo la protección de los cañones norteamericanos. Sesenta años más tarde, en 1964, veintidos jóvenes panameños caen asesinados por la metralla de esa misma potencia. Ni siquiera el respaldo moral de todo el Universo logra romper las cadenas que atan a la pequeña Nación. Es que las cadenas están forjadas con metal y carne de ese mismo país.

En el elegante Hotel de París, Evaristo Fragonall espera a algunos amigos panameños. Después de varias semanas en Madrid, donde permaneció después de su expulsión de Panamá, el rico inmigrante se ha trasladado a la capital francesa y aquí planea su estrategia.

Para Fragonall el dinero no es problema. Lejanos, muy lejanos, están los días en que, procedente de su país natal, había logrado colocación como camarero en el Club Unión de Panamá. Con unos pocos ahorros compró una "chiva" (15); poco después se hacía cargo de una estación de gasolina. Para ese tiempo se había hecho amigo del teniente Vázquez. Los préstamos al teniente habían cimentado la amistad de ambos. Por intermedio de Vázquez se había vinculado a otros oficiales de la flamante Policía. Fragonall compró una cantina, y con la protección de sus amigos, operaba en los altos un pequeño prostíbulo. La fortuna le sonreía y los préstamos a sus amigos se le "olvidaban".

Veinte años después Fragonall no era ya el "gallero" de la cantina y de las "chivas". Era el señor Fragonall, propietario de edificios de renta, amo del transporte urbano y, por encima de todo eso, amigo del comandante de la Policía. El comandante era ahora el Coronel Vázquez. Vázquez había progresado más, pero Fragonall no le iba a la zaga en cuanto a fortuna. De los negocios saltó a la política. No abiertamente, pero era el financista de muchos candidatos. Para las campañas presidenciales, era el colector oficial de los fondos que debían aportar los dueños del transporte público a los candidatos con mayor opción.

Su deportación le había sorprendido. La primera reacción de rabia había cedido a la convicción de que al final triunfaría. No en balde había repartido cuantiosos dividendos a sus "socios" en los últimos años. Ya se cobraría los favores hechos y las ofensas recibidas, naturalmente.

Desde Madrid había hablado telefónicamente con

Vázquez. También se había comunicado con varios de los políticos más importantes. Hoy debían llegar a París dos enviados del lejano Istmo. Lo importante era conseguir el apoyo de Vázquez para un plan que estaba madurando Fragonall. Había que acabar con el "Líder", pero solamente se podría hacer con el respaldo de Vázquez. De lo demás se encargaría él. Vaya si conocía bien a sus nuevos compatriotas. Esta noche sabía en qué ánimo se encontraba el antiguo teniente. Los comisionados que esperaba Fragonall habían salido esa mañana de Nueva York y pronto estarían registrándose en el Hotel de París.

xxxxxxx

En el taxi que los conduce desde el Aerogare, Federico Contesa le toca el brazo a Gabriel Varela y le dice:

-Recuerda bien que tenemos que oír primero qué quiere Evaristo. Hay que hacerle ver diplomáticamente que su regreso a Panamá no puede arreglarse hasta dentro de unos meses. Esta noche le barajaremos el asunto y mañana le hablaremos más francamente. Yo le diré que tenemos que estar en Nueva York pasado mañana, así tendrá que decirte todo lo que piensa mañana mismo.

-Qué caray, ya tiene suficiente dinero. . . -es la única respuesta de Varela que trata de ver desde su asiento este París con el cual soñó alguna vez.- ¿Qué tal es el hotel al que vamos? No quiero irme sin conocer a una buena francesita. ¿Alguna vez has tenido una? Espero que me ayudes de intérprete porque mi francés del Instituto no sirve para nada.

-Mejor es que dejemos esas cosas para Nueva York. Acuérdate que debemos largarnos de aquí pasado mañana. Si Fragonall ha pedido esta entrevista, lo mas probable es que nos va a tener ocupado todo el tiempo

disponible. Yo he manejado muchos de sus asuntos por varios años y, créeme, es un monstruo trabajando. Me imagino cómo estará ahora. Ya sabes las recomendaciones de Vázquez. No debemos enojarlo más de lo que está; tenemos que dorarle la píldora, a no ser que tenga algo importante entre manos. A propósito, no le digas que mañana tenemos una conferencia telefónica con el Coronel".

El taxi ha parado a un costado de la Rue Madeleine. La pequeña entrada del Hotel sorprende a Varela que exclama:

-Esto parece un hotelito de mierda. . . .

-No te equivoques; es un hotel muy exclusivo y los precios que cobran. Ya verás, ya verás. . . .

Las reservaciones estaban hechas por Fragonall. Pocos minutos después Contesa se comunicaba por teléfono con el flamante expatriado.

(Las conspiraciones han sido parte de la política istmeña desde los tiempos de la Conquista. Amenazados en sus haberes por Diego de Nicuesa, los primeros habitantes españoles le impiden posesionarse del territorio. Luego, cansados del trato tiránico de Fernández de Enciso, apelaron a un pretexto que justificara el desconocimiento de su autoridad y fundaron el primer cabildo que operó en el Continente.

Comenzaba la eterna lucha por la conquista del Poder en el Istmo. Durante los cuatrocientos años siguientes, la mayoría de los golpes revolucionarios tendrían el mismo origen: la amenaza oficial a los privilegios o haberes de un sector. También se repetiría, como una traición a sí mismos, la teoría de la "constitucionalización" de tales movimientos. El afán de "legalizar" las revoluciones daría siempre al traste con la posibilidad de revolucionar las legislaciones).

En su habitación, Evaristo Fragonall no pensaba en una revolución. Su objetivo no pasaba de provocar la caída del "Lider". Quién lo reemplazaría no tenía

en estos primeros momentos importancia alguna. Lo único que taladraba su mente era el deseo de organizar un complot que acabara con el "Líder". Quizá en algún instante habría pensado en obtener una reconciliación que le permitiera continuar en Panamá. Sabía que el dinero abriría cárceles y conventos. Pero lo que estaba en juego para él era simplemente regresar. Era el dominio de los inmigrantes que, junto con él, determinaban la suerte del transporte. Fragonall no desestimaba al "Líder"; conocía su fuerza y sabía que, en una batalla frontal, el Líder lo aplastaría. Intuía también que Vázquez temía al "Líder". Que no vacilaría en sacrificarlo a él para no perder el favor del mandatario.

Recordaba bien que cuando Vázquez le había propuesto respaldar al "Líder", él le había dicho: "Este hijo de puta nos va a joder. . . ." Vázquez estaba entusiasmado con el Líder. Habían sostenido varias conversaciones secretas y las promesas envolvían grandes negocios para Vázquez. Además, el "Líder" garantizaba el aporte de grandes masas populares. No habría necesidad de trampas electorales. El Presidente iba a ser un hombre elegido por el pueblo de manera indubitable. La Policía simplemente acataría la voluntad popular. Qué mejor jugada después de los episodios anteriores?

El tiempo le había dado la razón. Las elecciones habían transcurrido con los incidentes naturales y el "Líder" triunfaba con un margen irrefutable. Vázquez tuvo razón, pero Fragonall también. Prueba de ello lo habían tenido desde los primeros días del nuevo Gobierno. Primero habían sido los mensajes para un "reparto mas equitativo" del monopolio del transporte. Y, al final, esta deportación. Definitivamente, la única solución era preparar un buen plan del que Vázquez no pudiera escapar.

Fragonall consideró imprescindible evitar un rechazo inicial; Contesa y Varela deberían partir impresionados con la posibilidad del movimiento. Como primer paso concertó varias llamadas a diferentes personajes panameños. Programó las llamadas para una hora que tendría a Varela y a Contesa en su habitación. A ambos los conocía bien. A Contesa le había confiado varios ne-

gocios, uno de los cuales era el Investment Service. A través de esta empresa manejaba sus inversiones y las de sus "amigos" mediante un curioso sistema de números y letras. La clave era desconocida para Contesa, quien había demostrado una gran capacidad tanto en el manejo de la finanzas como en el análisis de las inversiones. Pero sabía que Contesa no era hombre exclusivo de él; su familia poseía cierta independencia económica y todavía guardaba un orgullo personal que lo hacía no querer parecerse mucho al ex camarero del Club Unión.

Varela era distinto. Su origen era nebuloso, por decir lo menos. Desde muchacho había luchado por superarse. Aunque no adoraba el dinero, lo consideraba un elemento consustancial a su carácter. Había comenzado a trabajar en uno de los periódicos capitalinos después de terminar el Bachillerato. Una chispa natural y un profundo apego a los libros lo destacaban entre sus compañeros. Estudiaba por su cuenta cuanto pudiera, y, lo que había sido al comienzo barniz literario, se había trocado en parte de su propia naturaleza. Hacía tiempo se había convertido en inseparable de Vázquez quien lo protegía y lo usaba. Quizá por cálculo, o por reservas morales, Varela muchas veces había tenido agrias peleas con Vázquez en público. Había evitado así ser considerado como un amanuense más del Jefe de la Policía.

El Georges Carpenter Bar estaba semivacío a las 6 y 30 de la tarde. Varela y Contesa tomaron una mesa en una esquina y ordenaron sendos Camparis mientras esperaban a Fragonall. Otras mesas estaban ocupadas por hombres con trazas de personas de negocios. Dos de ellos se encontraban acompañados de mujeres elegantemente vestidas. El ambiente era de primera clase.

Después de los abrazos correspondientes, Fragonall ordenó un cognac para él.

—Bueno muchachos, cuéntenme, cuál es la última trastada del Líder.

Contesa sonrió, miró a Varela y dijo:

—Nada, todo esta tranquilo por ahora. La verdades

que nadie sabe qué piensa y el asunto tuyo ha sorprendido a muchos. Tú sabes.

-Dice Vázquez. . . -interrumpió Varela-a propósito, quiere que nos digas en qué forma puede servirte, nada ha cambiado para él y lo que pueda hacer por tí lo hará.

-Por mí no tienen que hacer nada. Es a él al que tenemos que salvar. Para eso le pedí que los mandara. ¿O es que no sabe que lo van a sacar de la Policía?

El gerente de la Investment Service intervino para decir:

-Yo creo que Vázquez no es tan tonto, pero las cosas parecen estar tranquilas, y lo tuyo se puede arreglar.

-Bueno, de eso hablaremos después. Cuéntame, Varela, qué dice tu amigo. Qué explicaciones le ha dado el Líder, porque en esta vaina del transporte no soy yo sólo el que aguantará los golpes. Por mi parte puedo vender mañana si quiero. Allá los otros que se jodan.

-Vázquez habló con el Líder. Este le dijo que tú estabas tratando de crearle problemas con los choferes. Que había que dar un ejemplo para que no fueras a provocar un debilitamiento de la autoridad. La otra gente del transporte fue a ver a Vázquez y éste les contó la entrevista. No han querido visitar al Líder hasta saber qué piensan hacer tú y Vázquez. Hoy estaban citados para reunirse con el Ministro de Trabajo y los representantes de los choferes; parece que las instrucciones del Líder son las de apoyar a los choferes por ahora pero no forzar ningún arreglo o fallo definitivo. Tú eres el más grande de todos y tu representante sostiene que no ha recibido instrucciones. Vázquez le recomendó que no peleara hasta que nosotros regresáramos".

-Debemos estar pasado mañana en Nueva York según nos pidió Vázquez-dice Contesa- Parece que no quiere que se sepa que andamos por acá.

- ¿Qué pasa, tiene miedo?— Fragonall trata de no perder la calma y, sonriendo, agrega:— No se preocupen muchachos, mañana tengo importantes llamadas telefónicas a Panamá y le diré a Vázquez que se quedarán unos días por cuenta mía. Varela no ha estado antes en Europa. Vale la pena que aproveche este viaje. Además, creo que van a tener mucho trabajo cuando regresen porque tengo un asunto que ya está caminando. No quiero que ustedes ni Vázquez se queden por fuera. . . .—termina Fragonall al tiempo que ordena tres copas mas.

—Parece que no has estado paseando solamente.
¿De qué asunto se trata?

—Debemos llevar una idea clara de lo que propones. . . .

—No estoy proponiendo nada, cálmense. . . Estoy diciéndoles que vamos acabar con ese hijo de puta del Líder antes de que acabe con todos ustedes. Estoy totalmente decidido a esto y si ustedes piensan que hay la mas remota posibilidad de que Vázquez no nos acompañe es mejor que lo digan ya. Cuento con ustedes, de una manera o de otra, pero Vázquez es materia diferente. Tú Varela lo conoces bien, así es que si tienes alguna duda quiero saberla pues estas vainas exigen ante todo franqueza. En cuanto a tí, Contesa, no quiero que nuestros vínculos comerciales te preocupen o que te consideres obligado conmigo. De alguna forma podrás ayudarme. Vázquez se nos unirá, tarde o temprano, pero ustedes deben decidir para que podamos avanzar en esta conversación o dedicarnos a divertirnos estos días aquí.

Contesa y Varela saborean sus tragos y de vez en cuando cruzan una que otra mirada mientras oyen a Fragonall. Varela es el primero en responder:

—Mira Evaristo, lo que tú estás diciendo no es una invitación a un coctel. No estás proponiendo una fiesta donde van a repartir premios a los que lleguen mas temprano. Yo no sé que piensa Contesa sobre esto, y en cuanto a Vázquez, siempre pensé que este viaje tenía el propósito de saber cuál sería tu plantea-

miento sobre el negocio del transporte. Además claro, de las otras conexiones de ustedes, pero, primero que todo, y te soy completamente franco, su preocupación era conseguir tu aprobación para lograr algunas transacciones con el "Líder" que permitieran tu regreso al país. Esa es en resumen la posición de Vásquez y, salvo que ocurran cosas que ahora mismo no veo venir, no creo que cambie su actitud. Repito que no se cuáles es la opinión de Contesa, pero yo no puedo darte una respuesta personal hasta saber de qué se trata. El "Líder" ni me atrae ni me interesa. Es más, no creo que yo sea santo de su devoción, pero cuando me embarco en algo quiero saber para donde vamos y por qué voy yo. . .

-Y tú, Contesa, qué dices. . . .

-En general pienso como Varela. Creo que antes de conversar sobre este proyecto debemos analizar la situación. Es lo menos que te podemos pedir antes de tomar una decisión. . . .

-Claro, claro. . . Perdonenme si he parecido un poco brusco, pero ustedes me conocen y saben cómo me gustan las cosas. . . . Al pan, pan y al vino, vino. Yo tengo mis ideas personales pero antes de plantearlas quisiera oír la opinión de Varela sobre la situación. Quiero dejar claro que si nos metemos en ésto no será solamente para acabar con el "Líder". Aunque ustedes no lo crean, quiero mucho a nuestro paísito. Quizá lo que ha ocurrido me hace quererlo mas y comprender que todo ésto no es culpa sino de nosotros mismos. Así es que no crean que se trata de un hijo de puta que quiere acabar con otro hijodeputa. . . Bueno. Quieren comer temprano o prefieren hacerlo mas tarde. . . . He pensado que podríamos comer en algún restaurantito de Pigalle. Hay buena comida y podemos conversar algo mas con una buena botella de vino, o de champaña si prefieren. . . ."

Varela y Contesa consultan sobre la temperatura. La noche de otoño se muestra fresca, pero deciden salir sin los abrigos de los que se provieron para

el frío. De la puerta del hotel caminan unas cuadras hasta la boca del Metropolitano y descienden para tomar el tren hasta Pigalle. Fragonall les explica las ventajas del subterráneo diciéndoles que un subterráneo en Panamá acabaría con el racket de los buses y busitos. Acabaría conmigo, dice riéndose cínicamente.

El trayecto es mas corto de lo que imaginaba Varela. ¿Qué pensará este gallego rico, que un Presidente se tumba así como así? . . . ¿Que Vázquez, y la gente, se la van a jugar porque a él lo sacaron del país? ¿Y Contesa, qué pensará este "rabiblanco" (16)? Bien le decía Vázquez que se cuidara de no hablar mas de la cuenta. . . . Vázquez, otro hijodeputa más. Al final todos somos unos pobres hijos de puta. Ni siquiera somos grandes hijos de puta piensa, subiendo las escaleras y aspirando el aire templado de la plaza. Lo mejor será decir claramente lo que piensa y a la mierda con todo. A lo mejor este gallego sirve para algo que hace tiempo quedó dormido en el subconsciente del antiguo Varela.

Aquellos años de las hojas mimeografiadas. Las largas noches escribiendo en los semanarios de ocasión. Las mañanas buscando los dólares que permitieran pagar la edición semanal. El compañero preso. Los estudiantes pidiendo consejos. Los textos en el rincón y los cuadernos manchados de sudor, recién sacados del cuerpo donde los mantenía el cinturón. El "sapo" (17) pisando los talones y el policía disparando al "aire". "Siete estudiantes heridos de bala". "La policía dispara al aire para dispersar manifestación". Al aire. "Al aire de los pulmones" había oído decir a un chusco que leía esos titulares en el pequeño cafetín de calle 17. Las fugas en el viejo carro que les habían dado para la "revolución". El hedor de la celda del Cuartel Central. Los ojos tumescentes de los borrachos presos. El carcelero gordo y purulento. El pedazo de cuchara para comer en otro pedazo de plato. El muchacho orinando en el rincón de la celda. "Gabriel Varela, con todo". (18). . . Revolución. La única "revolución" que habían conocido Contesa y Fragonall era la "revolución" de sus tripas, pensaba Varela.

La multitud recorría las aceras de Pigalle, acos-

tumbradas a este ajetreo de jóvenes y viejos. Las luces anuncian los desnudos en todos los idiomas "internacionales". Y en cada puerta un auténtico agente de relaciones públicas invita a los paseantes.

-Vamos a comer adentro, aquí. . . .-Fragonall los toma del brazo y los introduce a un gran salón iluminado, casi lleno, impregnado de un confortante olor a cocina.

"Tripe a la Caen". Mondongo. Contesa sonríe para sus adentros al repasar el menú. Mondongo. Hoy era el día en que la "negra" lo había invitado a una "mondongada". ¡Qué caray! Vaya la pena complacerla yendo al cumpleaños de su amiga, pero el destino había dispuesto otra cosa. En honor a ella pediría mondongo. Cómo se iba a refír Marfa Elena cuando le contara esta vaina: Mondongo en París. . . .Contesa se había enamorado de Marfa Elena. Después del episodio en su oficina había ido dos veces mas a invitarla, pero ella no había aceptado. Una tarde lo llamó e hicieron otra cita. Tampoco quiso ir al apartamento, pero se quedó mas tiempo en la oficina. Ese día Marfa Elena no había aceptado dinero diciéndole que prefería que le hiciera un buen regalo cuando se vieran de nuevo. No entendió esa actitud al comienzo, pero no se preocupó mucho. Trató de sentirse halagado, pero su experiencia se lo impidió. No le preguntó que quería. Al fin y al cabo, estas muchachas no son muy exigentes y nunca andan reclamando mas de lo que se merecen. La "negra" estaba muy buena. Hasta parecía inteligente.

Como un cambiador automático de imágenes, el menú le hizo ver en sucesión a varias amigas. Sería curioso, pensó, formar un archivo secreto de hembras dándole a cada una un nombre en clave. El nombre de un plato gastronómico. Cecilia, "Bouillabaisse". O mejor, dándole un apellido: Sonia "Granouille"; Carlota "soufflé florentine"; Silvia, "sauté meunière" no, ese sobrenombre le quedaría mejor a Lidia, Silvia era mas bien un "Chateaubriand", Elsa, Moules Naturelle. . . ."

-Primero tráiganos tres martinis. . . .A mí, un

consomé y luego ostras a la marinera. . . ¿Y ustedes?
 —decía Fragonall después de hablarle en perfecto francés al camarero, cosa que sorprendió a sus invitados.

—Pídemme una sopa de estas de mariscos, y después una carne con bastante salsa. . . —Varela no quiso practicar su francés de Madame Latham.

—Ahora les voy a contar una vaina. Yo también quiero una sopa de mariscos, y después "Tripe a la Caen". . . . —dijo Contesa.

—Qué les parece un Chateau Neuf du Pape para acompañar, o prefieren champaña. . . .

—Lo que tú digas. . . . —dijeron al unísono los dos invitados del zar del transporte.

—Qué les parece esta idea: dar a cada hembra un apellido usando el nombre de un plato de comida. Imagínense. Podríamos comenzar por darle un nombre a la mujer del Líder.

Varela se ríe de la ocurrencia de Contesa; Fragonall sonríe y dice:

—Coño, yo creí que ibas a hablar de vainas serias. . . . A la mía habría que buscarle un nombre de vaca.

—Imagínate, una conspiración donde cada uno lleva el nombre de su plato preferido. . . . Carlos Spagheti, Manuel Bistec, Juan Guandú, Víctor Conejo. . . . Comenzamos bien esta conspiración. . . .

Contesa vuelve a su escarceo mental y aparece la imagen de Vicky Mazurán, la hija del cirujano amigo de su familia. Cómo la quiso en un tiempo. Por lo menos después de esa fiesta donde habían celebrado el divorcio de Catalina y del gringo Frank. Habían ido a desayunar al mercado y habían comprado todas las rosas que encontraron, y todas las había deshojado en la cama del apartamento. Así la había tenido y tres

días más. Hasta aquella vez que le pidió mil dólares porque tenía que hacer un regalo. Si por lo menos le hubiera dicho que era para un aborto.

—Yo creo que el país está maduro para un movimiento, o, como le gusta decir a nuestros ricos, para un cambio. Lo que no sé es si está listo para sacudir el árbol o para cortarlo —comenzó Varela poniéndose serio.— El "Líder" cuenta ahora con todas las fuerzas populares y jurídicas del país. En mi opinión, ello obedece a que todo el mundo espera que él haga el cambio que ninguno se ha atrevido a hacer hasta ahora. El capital, como en el caso de Fragonall, va a sufrir golpes, pero el cambio va a ser sencillamente de manos. En vez de Fragonall, va a ser otro el que controle, y así va a ocurrir en otros sectores, de manera que yo creo que no va a haber cambio real hoy por hoy. Por cada Fragonall que tumben va a haber diez aspirantes más a la situación de Fragonall, y va a haber diez más que decidirán unirse para que no les pase lo que a Fragonall, o decidirán no unirse para que no les pase lo que a Fragonall. Conste que lo que he dicho y lo que voy a decir es mi opinión personal. No es lo que piensa fulano ni Zutano. Son sencillamente algunas ideas que creo nos pueden servir para que cada uno decida lo que más le convenga.

—Quiero que sepas una cosa—interrumpe Fragonall.— Mi decisión está tomada, pero de la franqueza con que me hablen dependerá el rumbo que tome para llegar a mi meta. Muchos pensarán que soy un gallego de mierda con plata, pero voy a probarle a todos que soy algo más que eso.

—Parece que nos estamos poniendo serios. . . Yo no tengo experiencia en estas cosas, pero también diré algo cuando me toque mi turno. —dice Contesa sirviendo más vino en todas las copas.

—Bueno, tampoco nos pongamos demasiado serios porque podemos llegar a conclusiones equivocadas sobre lo que va a decidir cada uno.

—Mira, el que piense que estas vainas tienen una